

UN MES.

Madrid. 3
Provincia. 5

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAJE, por Alejandro Dumas.—Uno ídem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

AMOR Y FATALIDAD.

LEYENDA CABALLERESCA.

PRIMERA PARTE.

I.

LA NIEVE.

En un profundo valle próximo á la antigua ciudad de Segovia, nevaba copiosamente en una fría y desagradable noche del mes de diciembre. Ningun ruido turbaba la tranquilidad de los campos, ninguno de esos ruidos como el murmullo de los arroyuelos, ó el susurro de los árboles, ó el monótono canto de los grillos y cigarras, ó los esquileos de los rebanoes, que nos hacen conocer que la naturaleza vive, que estamos rodeados de seres vivientes que celebran placenteramente el breve periodo de su existencia; por el contrario, en aquella noche reinaba el silencio y la oscuridad; no era extraño: el invierno es la decrepitud y vejez del año.

Únicamente se oía el tenue y suave de los helados copos al caer.

De repente percibióse el galopar de un caballo, acompañado de sonidos metálicos semejantes al chocar de una armadura. Un caballero cruzó veloz el valle, y detuvo su caballo al pie de un castillo que en medio de los campos descollaba. Al toque de una bocina que del interior de él salió, el caballero contestó con otros dos toques tan armoniosos como sonoros, y á cuya respuesta las cadenas del puente levadizo crugieron, haciendo este al caer sobre el foso un ruido retumbante. El caballo pasó el puente estrepitosamente, el puente volvió á alzarse, los goznes del enorme portón del castillo gimieron, siguióse un fuerte portazo, y despues todo volvió á quedar en el silencio primitivo, á tiempo que ya las linie-

blas ceñían su puesto á una pálida claridad.

La aurora aparecía, no diremos risueña, sino incómoda y fría por Oriente,

II.

EL CASTILLO.

¡Bellísimo era, vive Dios, el paisaje que alumbraba!

Ved la nevada sierra que destaca sus perfiles, ya toscos, ya graciosos, cubiertos con un albo manto, ved los árboles con sus nevadas copas formando fantásticos contornos, ved el antiguo castillo compuesto de tres pisos y un almenado torreón, cubierto de nieve en parte superior, y las balaustradas góticas de sus ventanas, que contrasta notablemente lo negro de las piedras de su fabrica, pareciéndose así las canas del venerable edificio. El paisaje parecía de

co mas tiempo, por mas que la belleza salvaje y magestuosa que despliega la naturaleza me haga entusiasmarme, y porque al fin quien anda con nieve acaba por helarse... Apresurémonos á atravesar la puerta lanqueada de dos torrecillas del castillo, y coronada con un noble escudo; pasemos sin detenernos un patio rodeado de arcadas, subamos una escalera que á su estremidad encontramos, admirando el gusto mitad bárbaro mitad delicado de su arquitectura, entretengámonos en ver los chapiteles de las columnas adornadas con monstruos, figuras humanas, santos, enanos y gigantes, animales, batallas, procesiones, hasta penetrar por otra puerta tan enorme como la primera, y asimismo blasonada, con la diferencia que está llena de mosaicos y tallados dorados, tan prolifa como minuciosamente esculpidos en ella, y nos veremos despues de haberla penetrado, en el principal piso del edificio.

Cruzaremos estos desartallados y grandísimos salones, sin pararnos en describir detalladamente su mueblage, diciendo solamente que en ellos todo es tan tosco como grande, y nos detendremos por término de nuestra escursión en una vasta estancia, cuyas paredes están colgadas de unos tapices con figuras en posturas descoyuntadas, y las que los artistas que las ejecutaron se imaginarian que dejaban una obra que les haria inmortales por los siglos de los siglos. Amen.

Y me viene perfectamente la palabrilla para concluir el capítulo.

III.

TRES HONRADOS SIRVIENTES DE AÑAÑO.

El resto del mueblage de la habitación se componía de una gran mesa de nogal, en la que se veía un tintero, una salvadera y una campanilla (que seguramente envidiaría la iglesia de algun pueblo de hoy día), de una colosal chimenea de piedra, en la que ardía un carro de leña, y de enormes sillales que flanqueaban los muros del salon. En cuanto al techo de forma abovedada, estaba cubierto de pías doradas, que el tiempo y el humo habian transformado en negruzcos, y que el trabajo y coste de ellas debió valer muchísimo, probando el buen gusto y riqueza del noble dueño del castillo.

Ya que hemos examinado los muebles móviles inanimados del edificio, procuraremos hacer conocimiento con los muebles inamovibles



Don Beltrán.

lencia primitivo, á tiempo que ya las linie-

plata adligranada... Pero ¡qué diantre! el frío es espantoso y no debo tener á mis lectores al fres-

cer conocimiento con los muebles inamovibles

vivientes de él. Decimos inamovibles, porque en aquellas venturosos tiempos, los servidores vivían y morían donde nacían, siendo para con sus amos unos fieles amigos, capaces de dar su vida en arras de su fidelidad, para evitar cualquier desgracia que á sus señores sobreviniese.

A la sazón, encontrábase dos honradas dueñas vestidas con sendas tocas de una blancura estremada, y con vestidos de un negro subido, arreglando el salón que conocemos.

—Señora Gervasia de mi alma, decía la una, ¡qué noche!

—A mí, como el flato y el hístico no me dejan sosagar, me acosté temprano, no sin rogar primero á nuestra muy amada patrona, nuestra Señora de la Fuencisla, que dé las saludes temporales y espirituales que nuestros buenos y nobles señores necesiten, pero ¡ay! mis dolores no me dejaron reposar ni un momento.... ¡Ay Jesús del alma!

—Pues... de buena os librasteis... no llegó Roberto sino al amanecer.

—¿Y, preguntó la compañera de doña Gervasia con curiosidad, vió á don Beltran?

—Al momento, contestó la Gervasia.

—¿Y á Florinda, nuestra buena y noble señorita?

—No, de ningún modo consintió el caballero en que se le incomodase.

—¡Ah! suspiró ruidosa, estruendosa y colosalmente la otra dueña, ¡si supiérais lo que es amar, y, ay de mí, lo que es ser amada!

—Señora Ponciana, ¿os figuráis que toda la vida he tenido cincuenta?

La buena Gervasia se rebajaba, debemos decirlo para tranquilidad de nuestra conciencia, quince años, tres meses, dos días y siete horas.

—No supongo tal, respondió Ponciana.

—No señor, pues habeis de saber que en mis mocedades tenía un palmito que era lo que había que ver; ¡cuántos y cuántos me repetían que era una real moza y la bella de las bellas!

—Pischt, eso os decían, dijo su compañera encogiendo de hombros, pero las había mas bonitas.

—Lo difícil un poco, aun cuando fuera muy posible.

—Quizás...

Hay palabras que expresan los sentimientos sin que las labias pronuncien mas que un monosílabo que parece ajeno á la cuestion. En *qué sé yo*, *ni quizás*, *un pero*, *ni sí no es*, *ni tal vez*, especifican á pesar de su ambigüedad, mejor nuestros pareceres que conceptos claros, ó que un sí y un no rotundos. El *quizás* de la Ponciana era un *yo* solomne, ó al menos así lo comprendió su compañera, y creyendo que agua pasada no corre molino, trató de evitar la cuestion, no conviniendo, sin embargo, en que la Ponciana llevara la palma de belleza pasada, á la que con tantos derechos se creía, y como la proclamaban tantos y cuantos galanes en sus mocedades. Variando de conversacion creyó conciliar sus propios intereses con los ajenos.

Vamos, y luego se dirá que doña Gervasia no era diplomática; yo creo que era muy digna de nacer en el siglo de los Iósforos, ó cuando menos en el de las pájuelas.

—Pobre doña Florinda! ¿creéis que se alegrará con la llegada del caballero? dijo meneando la cabeza con marcadas señales de desden.

—Es natural, digo, que siendo ella jóven y tan hermosa como yo en otros tiempos, y el galán y buen mozo como dicen, no tardarán en amarse... si no se aman ya.

—Ojalá se cumplan vuestras predicciones, respondió la Gervasia verdaderamente preocupada, pues no hizo alto en la provocacion que la Ponciana hiciera de su antiquísima belleza.

—¿Habrá otro amor por medio? preguntó la otra sonriéndose maliciosamente.

—¿Deserista de mi alma, y qué lejos vais! En verdad...

—Vamos, no fué mi intencion... bien sabe Nuestra Señora de la Fuencisla... ¡qué misterios, Dios mio!... parece que estamos en un castillo encantado.... Casase la difunta señora (que en eterno descanso esté su alma), con don Beltran, cuando empezó aquel llanto amarguísimo que no cesó hasta la venida de aquel pa-

gecillo que tanto nos hacia rabiar, y que por cierto desapareció á la muerte de nuestra buena ama hará mas de diez años... ¿qué se hizo de él?... Acaso la hija amaría al que amó la madre... no le miraba, segun recuerdo, con malos ojos; yo se ve, tenían una edad...

—¿Qué disparates estais ahí ensartando; no hay nada de lo que os figurais, nada absolutamente... os repito que os equivocais.

—Está bien, pero... no acierto á explicarme la tristeza de doña Florinda; á buen seguro que ahora... pues... con Roberto, su prometido esposo, cesarán sus lloros y melancolías.

—Escuchad un momento... señora Ponciana, dijo la Gervasia acercándose á la otra dueña; pero alguien se acerca; ¡ejem, ejem, añadió tocando.

—¡Brujas infernales! ¿estais ocupadas en preparar vuestros malditos untos, dijo el amable interlocutor que llegaba.

—Mal humor traéis, señor Ferran, ó mejor creo que vuestras acostumbradas ganas de bromear.

—¡Sí, bromas! Con la noche que he pasado no tendrais á fé mia tantas ganas de murmurar como acostumbrais.

—Señor Ferran, bien veis que estamos limpiando.

—La conciencia al prójimo; limpieza y murmuracion, achaques de dueñas son, añadió graciosamente el complaciente Ferran.

—Estais insufrible, señor Ferran ¿acaso tenemos nosotras la culpa de que no hayais dormido? Id novamala á otra parte á desahogar vuestra cólera, señor dormilon.

—Señora Ponciana!

—Señor Ferran!

—Señora Gervasia! gritó colérico á la Gervasia, que salió en defensa de su compañera.

—Señor Ferran volvió á repetir la Ponciana, dejadme en paz con vuestras chocheces.

—¿Chocheces?... Algo sé de vosotras que no quisierais que supicase, y algunos malos se evitarian si no hubiese existido ni existiese dueña alguna.

—¿Qué sabe el viejo impertinente de nosotras? que hablo, no se le teme, exclamaron á duo las dueñas.

—Ja, ja, ja... Me divertís, dijo Ferran, que había conseguido su objeto de irritar á sus antagonistas.

—El necio cree que dos honradísimas viudas pueden oír con calma sus atrocidades y sandeces... pues está firmemente persuadido que á no atender á su locura le había de pesar... por el alma de mi padre, y le hablamos arrepentido de su conducta, decían la Gervasia y Ponciana, gritando cada vez mas exasperadas con la calma del amable, del bueno y del complaciente Ferran.

Esta explosión, algo ruidosa en verdad, atrajo al campo de discordia á una persona, la que abriendo la puerta violentamente quedó en medio de los adversarios infundiendoles un grandísimo pavor.

Era una jóven bellísima.

—¿Qué causa semejante gritería? ¿No os he repetido que queria cesasen vuestras eternas disputas? Cuidado... Ferran, sois un insolente. Vosotras preparad mi tocado... no tardaré en seguir.

Las dueñas se retiraron, no sin cejar una mirada de triunfo sobre el bueno de Ferran, que se retiró refunfuñando.

—Sí, son brujas; rebirme á mí que la he visto nacer... ¡pur ellas... ¡si es un ángel!

IV.

FLORINDA.

¿Qué pesar tiene la bella Florinda? ¿Por qué clava sus bellos y rasgados ojos en la chisporroteante llama de la chimenea, anegados en lágrimas, dejando ver sus armónicas facciones? ¿Por qué bajando la cabeza la apoya en sus diminutas manos, admirando sus enanos pies?

Lenguaje es del corazón que no nos es dado comprender. Esperimenta Florinda rigores de la impaciencia? Pero pregunta el autor muy formalmente, ¿espera á alguien? Las penas del corazón son espasmas; así que cuando algun dolor

nos aflige, abrimos nuestro corazón á cualquiera, sin que en estos supremos momentos sepamos distinguir el amigo del enemigo; pero como no hay mal que por bien no venga, tambien es cierto que estas confianzas han dado suficiente motivo para multitud de dramas, novelas, comedias, y cuanto vds. quieran.

Sola estaba Florinda con sus recuerdos, que malos compañeros debían ser á juzgar por las lágrimas que hemos dicho vertía la apenada dama.

—¡Ah! decía con voz acorogojada, ¡cuán desgraciada soy! ¡Dios mio! en vos confío mi suerte y la de mi...

Dijo con voz tan ininteligible sus últimas palabras, que apenas pudiera oirlas ella misma.

—¿Se levantó Roberto? preguntó en la estancia vecina una voz bronca.

—El caballero aguarda vuestras órdenes, respondió la conocida de Ferran.

—¿Y mi hija, sabes dónde está?

—En el salón.

—Cuando te llame, avisarás á Roberto que tenga la bondad de presentarse en esta estancia, que deseo tener corta conferencia con él.

El que así hablaba entró en el salón en que estaba Florinda. Era un anciano alto, seco, de cabellos blancos, rostro severo, en el que brillaban dos ojos negros con extraña fiereza; su boca estaba plegada con un gesto desdenoso y altivo; iba envuelto en un ropón de terciopelo color carmesí, ceñido á la cintura con un cordón de oro, del que pendían una magnífica daga y una primorosa escarcela. Su cabeza estaba cubierta con una gorra de terciopelo negro.

Al ver á Florinda dulcificáronse sus facciones, y con tierna voz la dijo:

—¿Qué tienes, Florinda mia? Estás pálida, agitada...

—Nada, os lo aseguro... hace tanto frío...

—En efecto, la nieve blanquea nuestras montañas... Sabrás ya la llegada de Roberto.

—Sí, contestó débilmente la jóven.

—Sabes mi resolucion... sabes tambien el objeto que á Roberto trae á nuestro castillo.

—Mis acciones son la voluntad de mi padre. En este asunto como en los demas, os prestaré la sumision y obediencia que os debo.

—Sumision, obediencia... repuso el anciano recobrando su fiereza, he aquí las palabras que resuenan constantemente en mis oídos; mi esposa obediencia, mis vasallos sumision, mis hijas obediencia y sumision... siempre las mismas palabras tan frías como la nieve que veo... y nada de amor y cariño, palabras dulces á cuyo nombre tan sólo late mi corazón helado. Es decir que no he nacido sino para mandar y ser obedecido, y no ha de haber en mi sitio para amar... Amar, harlo he amado... ser amado ya es diferente... Quise ser amado y se me respondió sarcásticamente: «tú naciste para el dominio, pero no para el cariño, no para el amor.» Y para mí el amor y el cariño se transformaron en miedo y obediencia, en sumision y terror... ¿No se me ha amado?... Perdona, hija de mi corazón, he lastimado tu alma pura, perdona! he sufrido tanto... He sido tan desgraciado!

Y cayó el anciano en su blasonado sillón, sepuñando su cabeza entre las manos.

—Padre mio, replicó florinda cayendo á los pies de su padre y cogiéndole una mano que cubrió de besos, no me habeis comprendido, ó mejor aun, creo me expliqué mal al deciras que cumpliria vuestros deseos con sumision y obediencia; ¡si deciros que el amor que os profeso y el que vos me profesais, nos aconsejan de la misma manera... ¿Qué juzgariais de mi cariño si os desobedeciese? añadió entre sollozos que apenas se oía su voz.

—Desgraciada de ti... interrumpió don Beltran, dejándose arrebatar por su carácter y levantándose; pero repentinamente añadió: no sé por qué me dejo llevar por una cólera infundada... y qué tantas veces ha causado mi desgracia.

—No, padre mio, vuestra desgracia y la mia viene de manos de aquel de quien no nos es lícito quejarnos del mal que nos suvia. ¿Quién sabe si lo que nosotros juzgamos es un mal, es precisamente un bien? dijo Florinda con solemnidad.

—¿Tienes razon! contestó el anciano. Tu pobre madre me decía lo mismo.

Y su semblante se anubló; la hija que lo uoto se apresuró á decir:

—Desechad esos tristes pensamientos, padre mio, la hija os ama, os adora tanto como os pudo amar y adorar la esposa.

—Si, lo sé, repuso reprimiéndose don Beltran, como la esposa, murmuró mirando con desconfianza á su hija, no lo puedo creerlo, y añadió despues en voz alta:

—Florinda, retirate: Roberto está impaciente por verte, te debes componer para presentarte á él... en tanto que yo necesito hablarle... A terran que venga.

Don Beltran besó en la frente á Florinda.

Florinda besó la mano á su padre y se retiró.

Poco despues se presentaba el buen Ferran ante su amo, el que le mandó con voz clara e imperiosa sin dignarse mirarle, la órden de que introdujera en el salon á don Roberto de Acuña.

Aquí se nos ocurre una reflexion: vemos que los tiranos y dominadores quieren siempre que se reconozca y celebre su tiranía, quieren dominar las almas, los sentimientos, como los cuerpos, lo que es imposible.

Un verdugo puede obtener el perdon de su víctima, su aprecio jamás.

V.

EL TORNEO

Asaz pensativo estaba el noble don Beltran, cuando Roberto de Acuña se presentó segun su mandato en el salon. Roberto tendria unos veinte y cinco años, el mirar de sus ojos pardos era dulce, una negra cabellera ornaba graciosamente su rostro, y el negro color de su barba contribuia á aumentar la palidez de sus facciones. Su vestido era severo y rico, al entrar llevaba en la mano una gorra adornada con una pluma blanca, en tanto que la otra iba apoyada marcialmente en el pomo de su espada. Sus espuelas resonaban con sus pasos, su continente era altivo, pero modesto; estrechó con ceremonia la mano de don Beltran, y guardó profundo silencio hasta que el anciano le preguntó:

—Mala noche, tuvisteis, Roberto, no crei que hoy os estrechara en mis brazos.

—Os prometí que hoy estaría en vuestro castillo, y un caballero debe ser siempre esclavo de su palabra. ¿De qué sirven los peligros, los obstáculos, los imposibles, cuando se trata de rescatar una caudra de tanto precio? Nada sobre la honra y honor en un caballero.

—Roberto, venis á cumplir vuestra palabra, segun colijo por vuestro discurso.

—Si otro que vos me hiciera esa pregunta, una lengua mas aguda y larga que la que os contesta le responderia.

—Siempre el mismo, amigo mio, valiente y discreto, sois tan digno de Florinda como Florinda es digna de Roberto, porque Florinda, podéis creer á un padre, es digna de vos.

—¿Y del que osase poner en duda la virtud de la esposa de Acuña?

—Veo con gusto que dentro de tres dias tendré un hijo que sabrá conservar sin mancha mis blasones.

—Vuestros blasones en perteneciendome, equipularán con los míos, pero os digo que nunca me llamaré el esposo de vuestra hija sin su consentimiento.

—Dudo que Florinda oponga el mas mínimo obstáculo.

—¡Oh! ¿seria mi felicidad?... ¿Cuán dichoso seria!

Roberto se habia sentado frente á don Beltran, ambos callaron por largo tiempo.

—Estuvisteis en el torneo últimamente celebrado en la corte?

—Si, estava brillantísimo, todas las damas, todo cuanto rico y noble tiene la corte, todo se encontraba en él.

—Contadme, contadme, mi sangre se rejuvenece al oír los lances guerreros de esas fiestas, yo tambien he ganado premios en ellos, y he experimentado la embriaguez de los triunfos.

—Voy á contároslos, y perdonad que me ocupé exclusivamente de mí; perdonad mi orgullo y mi egoismo.

—Sé cuán modesto sois, pero sé tambien que

el héroe debe ocupar el primer lugar de todo cuadro, y en el que me hacéis, supongo fuisteis.

—Tan bueno y valiente caballero como yo hubi, la suerte se empeñó en protegerme, he aquí la diferencia que entre ellos y yo media. Un combate se habia empeñado entre cuatro caballeros, de los que componia yo parte; mi compañero de armas no llevaba ni divisa ni blasones, pero hacia prodigios de valor. Habia logrado yo vencer ya á mi adversario, cuando el lucha que éste empuñaba, escapada de su brazo, asustó al caballo del caballero incógnito, que buyó sin que le pudiera contener. Repentinamente su antagonista se arrojó sobre mí, y despues de una encarnizada lucha los heraldos me proclamaban vencedor. Cuando mi vista buscó al desconocido, ya no lo encontraron mis ojos.

—¿Y qué sucedió despues? preguntó don Beltran distraído.

—Solo pensaba en depositar mis laureles á los pies de mi amada, y abandoné en su consecuencia la ciudad en medio de mil felicitaciones, sin pensar ya mas en el caballero sin mote y divisa... iba pensando en mi felicidad, creia tener algun derecho á ser egoista; mi escudo estaba en armonia con mis pensamientos, llevaba grabado en él una corona de mirto con las iniciales V. F. entrelazadas.

—Una V. y una F., ¿cascos valor y Florinda, no es esto? preguntó el anciano.

—No, querian decir victoria y felicidad unidas, ¿veis que presuntuoso soy?

—Mas bien creo que era vuestra historia en dos palabras.

—Escuchad. Largo rato hacia que caminaba pensando en Florinda; la noche se venia encima, cuando al pasar por una encrucijada varios hombres de armas se arrojan sobre mí con las espadas desnudas, cercándome por todas partes. Hiceles frente sin que su número me acobardase; ya mi muerte era segura, estaba rendido, mi armadura abollada, el escudo traspasado, la F habia desaparecido de él, y no sé qué hubiera sido de mí si un caballero, saliendo del bosque, no se hubiera puesto á esgrimir á mi lado; á su ayuda los que acometian pararon sus golpes; parecia que tomaban fuerzas para empezar de nuevo el combate; pero una palabra de mi desconocido bastó para que aquellos se retiraran. Su docilidad no dejó de estranarme.

—Quizás serian satélites suyos. Tal vez gantes de algun capitán aventurero.

—Eso mismo sospechaba: juzgad de mi sorpresa cuando al volverme á darle las gracias por su socorro, me encontré con el caballero del torneo.—¿Quién sois? decidme, caballero, para honrarme con vuestra amistad, le dije.—Tened la bondad de descansar en mi cabaña, me respondió, noble vencedor; satisfaré á vuestras preguntas y podreis reponer vuestro caballo. Mi noble corcel habia perecido en la refriega. Pocos instantes me detuve, á pesar de sus instancias, en su compañía; cambié de caballo y nos retiramos los mejores amigos; díjeme mi posicion y el objeto de mi venida; correspondíome él de la misma manera, sabiendo que el incógnito del torneo, mi salvador y amigo, se llamaba...

—Su nombre, interrumpió impaciente don Beltran.

—Luis de Richemont, contestó el caballero.

—¿Cómo... Luis de... preguntó pálido don Beltran.

—Richemont, repitió Roberto.

—Luis de Richemont... Richemont, repelia el anciano, en cuyo semblante se pintaba la colera y el terror. ¿Será posible?

—Le conocéis, don Beltran? pues priva mucho con el rey.

—He oido hablar de él, pero no le conozco; ¿y es favorito del rey? ¿Y cómo no vive en la corte?

—Nada de particular tiene su soledad; ha podido permiso del rey para retirarse de su corte algun tiempo.

—Sus motivos tendré... y los sabré, repuso con acento reconcentrado. Aquí él... ¡labrá llegado la hora de la espacion? añadió en voz baja y humilde.

(Se continuará.)

VAN DYCK.

A principios del siglo XVII, Ambros se vanagloriaba con razon de su inmensa prosperidad comercial. La Europa entera le pagaba tributo, y en el Escalda venian á reunirse los buques de todas las naciones; pero en lo que fundaba su verdadero orgullo era en poseer dentro de sus murallas á Pedro Pablo Rubens, jefe de la inmortal escuela flamenca; Rubens, el célebre pintor, cuya vida habia sido un triunfo continuado; Rubens, el favorito de los reyes y de la fortuna.

Corria el año de 1623; de vuelta de Paris, donde lo habia llevado Maria de Médicis, Rubens pintaba los cuadros que mas tarde habian de adornar las galerias del Luxemburgo. En derredor de este ilustre jefe de su escuela, se agrupaba una multitud de discípulos que prometian á los Países Bajos dignos sucesores de su maestro. Velanse allí, aunque desconocidos todavia, Santiago Jordaens, Abraham Diepenbeque, Van Thulden, Gerardo Saghers, Gaspar de Crayer y otros muchos, cuyos nombres no han llegado hasta nosotros; mas no era permitida á todo el que queria la entrada en el estudio de Rubens; para merecer este honor era necesario observar una conducta intachable, y justificarla con progresos continuados. De todos los puntos de Europa llegaban jóvenes de talento, ávidos de conocer los secretos del arte, estudiando al gran colorista de la época.

Entre las prohibiciones que este maestro hacia hechas á sus discípulos, existia una que habia repetido multitud de veces, con amenaza formal de espulsar al temerario que se atreviera á infringirla. Esta era la interdiccion de su gabinete, especie de santuario donde lejos de las miradas profanas, Rubens bosquejaba y concluia sus maravillosas creaciones.

Como sucede por lo comun, el aguijon de la curiosidad atormentaba el espíritu de los jóvenes, ansiosos de coger el fruto prohibido. El deseo de aprender, díjámoslo en su disculpa, no les atormentaba menos.

—¡Oh! decian entre sí, si nos fuera posible penetrar en ese gabinete, sorprender los secretos del maestro, ver cómo prepara sus telas, y por medio de qué toques magistrales comunica á sus carnes ese brillo armonioso, ese vigor del que sin embargo no está escluida la ligereza. Penetremos en el fondo del santuario, esclamaban los mas atrevidos.

—Si, si, ¿pero cómo hacerlo?

El medio infalible fué hallado muy pronto: algunos florines con que se gratificó al doméstico sirvieron de introduccion.

Ya tenemos á nuestros futuros artistas en aquel gabinete, cuya entrada hasta entonces les estaba prohibida. Sus primeras impresiones fueron las del estupor. Midieron con la vista el inmenso número de las telas, y se preguntaron cómo Rubens podia hacer frente á tantas obras diversas, y darles tanta perfeccion, sin que se dejase ver con perjuicio del arte la precipitacion con que pintaba. Todo era hermoso, en todo estaba impreso el sello del genio: todo revelaba aquella mano poderosa que se movia de las dificultades y parecia buscarlas para triunfar. Muchos é inmóviles, los discípulos veneraban al maestro en sus obras, pero pronto se cansaron de su religiosa admiracion. Jordaens dió un golpe en la espalda á Van Thulden; Gaspar de Crayer un puñetazo á Gerardo Saghers, que la emprendió no menos rudamente con Abraham Diepenbeque; por desgracia se hallaba este cerca de un cuadro recién concluido; no pudiendo soportar la violencia del choque, Diepenbeque cayó sobre el lienzo, borrando el cuello de una Magdalena, la mejilla y la barba de una Virgen.

—¡Oh, Dios mio! ¿Qué hemos hecho? Esclamaron á una voz los jóvenes; el maestro nos alejara de sí vergonzosamente. ¿Dónde encontraremos una enseñanza comparable á la suya? Nos hemos perdido y llevamos la desesperacion á nuestras familias.

Tanto como la alegría y la imprevisión habian

animado sus corazones, tanto ahora el abatimiento y la tristeza vinieron á confundirlos en presencia de aquella irreparable desgracia, á la que seguiría bien pronto una sentencia rigorosa. En efecto, ¿cómo ocultar el daño? Rubens se apercebiría de él no bien llegase, y entonces, ¿cuál no sería su indignación!

De repente un joven, que como novicio en el taller y apenas conocido de sus camaradas, no había tomado parte en sus juegos, exclamó con un tono resuelto y confiado:

—Amigos míos, no os aflijáis. Yo os sacaré del peligro.

—¿Vos?

—Sí, yo. Será acaso mucha temeridad, pero es preciso cobrar ánimo y hasta presunción en circunstancias tan críticas como la presente. Hace poco que he salido del estudio de Enrique Van Palen, cuyo buen talento se ha fortalecido en Italia observando las obras de los mejores maestros de la antigüedad; él se ha dignado considerarme como uno de sus más aventajados discípulos, y comunicarme el secreto de su estilo. Ahora bien: para restaurar de la mejor manera posible el cuadro manchado por Diepenbeke, emplearé el procedimiento de Van Palen.

—¿Cómo!... dijo Jordaens, ¿osareis?

—¿Preferis ser despedidos esta tarde?

—¿No, no!

—Entonces dejadme hacer; justamente la piqueta de Rubens está allí dispuesta. Volveos al taller, necesito estar solo. ¡Quiera Dios que no me falte tiempo para acabar mi obra!

Dos horas pasaron: dos horas de un trabajo precipitado, asiduo, infatigable, en que la fiebre á la vez consumía y daba fuerzas á la mano. Al cabo de estas dos horas todo había concluido.

En este momento se oyeron las pisadas de un caballo: Rubens llegaba. Volvia del palacio de la reina de los Países Bajos, Isabel de Austria, que le había nombrado su embajador cerca de Inglaterra; absorto aun en las graves cuestiones que le habían ocupado, se dirigió derecho á su gabinete y dejóse caer en un sillón. Después de pasar revista en su memoria á los encargos que se le habían hecho y al importante papel que iba á representar, el amor al arte se dejó sentir; el diplomático cedió el puesto al pintor, y el pintor miró los cuadros bosquejados.

—¡Bravo! dijo; esto me satisface; jamás he encontrado en mis pinceles carnes más bien entendidas. Esta Magdalena, sobre todo...

Se puso de pie y acercóse al cuadro; un estupor indefinible reemplazó á su contento. Entonces sus inteligentes miradas se fijaron en los detalles de la pintura, y rápido como el pensamiento penetró en el taller, donde su presencia difundió el terror.

—¿Quién ha osado introducirse en mi gabinete? preguntó con voz severa.

Silencio general.

—No valde procurais ocultar vuestra falta: no añadais á ella la mentira, que más fácilmente disculparé la curiosidad que el engaño. No solamente alguien ha entrado en mi gabinete, sino que se ha intentado reparar el daño hecho á uno de mis cuadros. Hablad francamente, ¿quién de vosotros ha sido?

—Todos, señor, respondieron veinte voces.

—Sí, pero no seréis todos lo que lo han rotado.

—Yo he sido, señor, dijo respetuosamente el nuevo discípulo, hermoso joven que apenas tendría veinte y dos años.

Rubens clavó en él una mirada profunda; después sonriendo le tendió una mano, que el joven cubrió de besos y de lágrimas.

—¡Ah! ¿Has sido tú, Antonio Van Dyck? En verdad que haces mucho honor á Van Palen. ¿V qué venias á aprender á mi casa?

—A pintar, respondió modestamente Van Dyck.

—¡A pintar! Amigo mío, tú sabes cuanto se necesita; solo te resta estudiar la escuela italiana, y puedes contar conmigo para proporcionarte los medios. Yo tenía en ti un tesoro ignorado; hoy he hecho un precioso descubrimiento, y quiero que mi país goce de él. Trabajaremos algún tiempo juntos y luego partirás.

Los discípulos, tranquilos por ellos y encantados por su compañero, celebraron con unáni-

mes aplausos el desenlace de aquella aventura.

Seis meses después, Van Dyck, montado sobre el mejor caballo de Rubens, se alejaba de Amberes. Había dejado en memoria á su maestro tres cuadros, compuestos espresamente para él, y Rubens los había hecho colocar en el mejor sitio de su estancia.

(Se continuará).

MISCELANEA.

CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.—LOS MICROSCOPIOS. El microscopio es un instrumento, por medio del cual pueden distinguirse los objetos más diminutos, y ejerce su acción aumentando el ángulo visual. Se divide en tres clases, á saber: simple, compuesto y solar.

El microscopio simple consiste en un solo vidrio, el cual, recogiendo mayor número de rayos que parten del mismo objeto sin confundirse con otros, forma una imagen más clara y perfecta. Esto mismo se observa próximamente con un papel oscuro, en el cual hayamos hecho un agujerito, porque si miramos por él un objeto, por ejemplo, las letras de un libro, podremos leer corrientemente á doble distancia de lo que permite la vista natural.

El microscopio aumenta tanto el diámetro del objeto cuanto es menor la distancia del foco que el límite de la visión natural, lo cual puede graduarse de seis á ocho pulgadas; es decir, que si el vidrio ó lente del microscopio tiene por radio un cuarto de pulgada, multiplicado este por 8 dará 32, ó lo que es lo mismo, aumentará 32 veces el diámetro del objeto. Si tuviere un octavo de pulgada, por la misma regla aumentará 64 veces, y si una vigésima parte, aumentará 460 veces.

Del conjunto que acabamos de hacer, se deduce que cuanto sea menor el microscopio, será mayor el aumento que presta. Sobre estos principios han descansado los naturalistas y los ópticos para construir aquellos prodigiosos microscopios, con los cuales pueden divisarse partículas de cuerpos un millón de veces más pequeños que con el punto de visualidad natural. Tal fué el que construyó el doctor Hooke, con el cual, dice en sus obras sobre microscopios, que podía hacer visibles aquellas partículas, las cuales, aunque fuesen un millón de millones de veces más grandes, no igualarían al tamaño de un grano de arena el más menudo.

El microscopio compuesto tiene dos vidrios, el uno de los cuales se llama objetivo y el otro ocular. Se gradúa su aumento de dos modos, es decir, según diste más la imagen del vidrio objetivo que del ocular, y según diste menos el objeto que el límite de la visión natural. Por ejemplo, si la imagen dista del vidrio objetivo cuatro tantos más que del ocular, habrá por este lado un aumento de cuatro, y si el foco del vidrio ocular dista una pulgada, y el de la distinta visión se considera de siete, multiplicados estos por cuatro, dará veinte y ocho de aumento, es decir, que el diámetro del objeto quedará aumentado en 28 tantos, y la superficie en 784.

El microscopio solar es el más curioso de todos, porque la imagen aparece mucho mayor, y arrojada sobre una sábana ó cualquiera otra superficie blanca, puede ser vista por muchos á la vez sin la menor molestia; su principal mecanismo consiste en la adición de un espejo, que movido por un resorte, recibe los rayos de incidencia y los transmite al tubo, y del tubo á la superficie, en la cual aparecen pintados con tanto aumento, que se gradúa que si el objeto que se trata de examinar se coloca á una pulgada de la lente objetiva, y la pantalla ó superficie destinada á recibir las imágenes dista nueve pies, aparecerá dicho objeto 46,656 veces mayor.

Así, pues, un cabello aparece por este medio tan grueso como el palo de una escoba, una pulga tan gruesa como un carnero, y aun como un buey; pero se requiere que esté oscuro el cuarto que recibe dichas imágenes, transmitidas por esta clase de microscopios.

REVERBERO.—La cámara oscura tiene una construcción muy sencilla. Una lente convexa colocada en un agujero de la ventana, representará sobre un pliego de papel blanco situado en el foco del vidrio, todos los objetos que se hallen á la parte exterior en orden inverso; y para que esta ilusión sea completa, es de absoluta necesidad que el cuarto esté oscuro, y sería muy conveniente que el sol bañase la parte exterior, pues que entonces aparecen los objetos más brillantes.

Hay otra clase de cámara oscura, que es una caja cuadrada portátil con un tubo en uno de sus lados, y en él una lente convexa. Dentro de la caja un espejo plano inclinado en un ángulo de 45 grados, por cuyo medio trasmite á los espectadores con gran aumento los objetos.

La linterna mágica consiste en una caja de hoja de lata, dentro de la cual hay una lámpara ó vela, que á luz, atravesando por una gran lente plano-convexa situada en un tubo que lleva al frente, arroja gran claridad sobre los objetos pintados en hojas de cristal, cuando se colocan delante de las lentes. Para que las imágenes aparezcan rectas en la pared ó en cualquiera superficie blanca que se ponga frente al tubo, es preciso que los cartones de las figuras se hagan pasar por detrás de la lente en posición inversa, y dichas imágenes aparecen más brillantes cuando detrás de la lámpara se coloca un espejo cóncavo.

La fantasmagoría es una especie de linterna mágica, con la sola diferencia de que en las linternas están pintadas las figuras sobre vidrios transparentes que transmiten á la pantalla cuantas figuras ó dibujos contienen dichos vidrios; no así la fantasmagoría, en la cual el vidrio está opaco por todas partes, menos por la figura que se quiere transmitir, la cual, estando pintada con colores transparentes, brilla la luz tan solo por ella, y es lo único que se ve trasladado á la pantalla, que se coloca entre los espectadores y la linterna.

Las figuras aparecen más próximas ó más distantes, según se acerque ó se aleje la pantalla de la linterna, es decir, que en el primer caso se presentan más grandes, y en el segundo más pequeñas, porque cuando la linterna está más separada, vienen los rayos en la forma de un cono, y parece que la figura está más cerca porque es representada de tamaño mayor.

El reverbero es un plano de cristal, cortado en muchas superficies diferentes, en las cuales se ve multiplicado un objeto por tantas veces, cuantas son dichas superficies.

Dijeron á Constantino que varios desconcertados habían apedreado su estatua; el emperador entonces llevó su mano á diferentes partes del cuerpo y dijo:

—Pues no siento ninguna contusión.

P. Cuanto más le quitan más grande es, ¿quién podrá ser?

R. Un hoyo.

P. ¿Qué es lo que Dios no ve nunca, un emperador pocas veces, un pontífice solo en tiempo de cisma, y un particular lo ve todos los días?

R. Su semejante.

P. ¿Cuál es la planta sobre la que permanece uno más tiempo fijo cuando estudia botánica?

R. La planta de los pies.

P. ¿En qué se parece un huevo á una castaña?

R. En nada.

P. ¿Por qué se lleva la cruz delante de las procesiones?

R. Porque no puede ir sola.

P. ¿En qué se parece un físico á una ermita?

R. En que no tiene cura.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8.